

— 2 —

Parroquias

La función integradora de las parroquias nacionales o étnicas en la experiencia de los inmigrantes católicos de origen europeo es bien conocida. En un principio estas parroquias fueron refugios donde los inmigrantes nutrían su fe y experimentaban un sentido de pertenencia, que les llevaba a sentir la comunidad como suya, aun viviendo en una tierra extranjera. Con el paso del tiempo estas parroquias nacionales permitieron a los descendientes de los inmigrantes integrarse con la sociedad estadounidense y con la vida eclesial de forma natural, pues contaban con una base firme desde donde comenzar.

Actualmente, un número relevante de parroquias católicas son en efecto parroquias nacionales, pues prácticamente todos sus feligreses son hispanos. La tendencia a formar este tipo de comunidades es evidente entre todos los grupos latinos. Considérese, por ejemplo, la parroquia predominantemente

puertorriqueña de la Santa Agonía, en Nueva York; los feligreses cubanos de San Juan Bosco en Miami; la comunidad, formada ampliamente por mexicanos inmigrantes, de San Pío V en el barrio de Pilsen, en Chicago; las comunidades multiétnicas de inmigrantes latinos de la Misión Católica de Nuestra Señora de las Américas, fuera de Atlanta; y la de Nuestra Señora de los Ángeles en Los Ángeles (La Placita). Comunidades como éstas proveen servicios sociales, sacramentos, clases de inglés, devociones tradicionales, educación religiosa, asesoría legal, escuela de padres y grupos de oración. El P. Ezequiel Sánchez, de Chicago, comenta acerca de una comunidad: “Mucha gente no brinda una buena acogida a los hispanos y, en consecuencia, la Misión Juan Diego termina por convertirse en una isla donde ellos se refugian. Sienten este lugar como suyo.” Al igual que los inmigrantes europeos de antes, muchos hispanos buscan parroquias como ésta, donde pueden sentirse en casa.

Los retos en parroquias con idiomas y culturas diversos

Pero a la vez, hoy en día, más y más parroquias tienen dos, tres o incluso cuatro idiomas o grupos culturales. La falta de sacerdotes y el crecimiento actual de los católicos de diversos grupos indica que nuestras parroquias multiculturales van a serlo todavía más en el futuro. Además, hoy en día, la norma en la mayoría de las diócesis es que existan parroquias integradas o multiculturales. Sin embargo, en realidad muchas de estas comunidades podrían ser descritas más exactamente como parroquias “compartidas” en las que dos o más grupos comparten los edificios de la parroquia, pero en la práctica

permanecen aislados unos de otros. Por el contrario, muchas veces, estas parroquias funcionan como estructuras “americanizadoras” que buscan la asimilación de los recién llegados.

Así que, desgraciadamente, muchas veces los distintos grupos no solo están aislados, sino incluso en conflicto. Cuando los hispanos tratan de hacer que la parroquia se parezca más a las de su propia tierra, colocando alguna de sus imágenes sagradas u organizando una Misa en español en el mejor horario del domingo, los miembros más antiguos de la parroquia frecuentemente protestan diciendo que “nuestros antepasados construyeron esta iglesia” o “nosotros estábamos aquí primero.” En muchos casos, los hispanos se sienten como feligreses de segunda. Una líder laica hispana se lamentaba: “Me desanima el que nosotros los hispanos no contemos en esta parroquia. Venimos a Misa en gran cantidad y nuestras Misas están llenas de fervor; pero todas las decisiones están en manos de un pequeño grupo de feligreses ya establecidos—que no son hispanos—y que aportan mucho dinero a la parroquia.”

Tales comentarios sugieren que construir la unidad dentro de una parroquia con diversidad cultural no es solo cuestión de tolerancia o de “celebrar las diferencias.” Con frecuencia están en juego temas como la forma en que se toman las decisiones y quién las toma, incluyendo la posibilidad de que los grupos marginales también puedan “votar con sus pies” y dejar de participar cuando perciben que la vida en la parroquia no les brinda acogida o simplemente se vuelve irrelevante.

Muchas de las dificultades para desarrollar las parroquias compartidas provienen de la falta de atención a las relaciones de poder en la vida cotidiana y en los ministerios. Incluso los

católicos euroamericanos que reciben a sus hermanas y hermanos hispanos, frecuentemente asumen que los latinos son los huéspedes y ellos los anfitriones. Si bien la hospitalidad y la “sensibilidad cultural” son esenciales para el ministerio con los recién llegados, queda implícita la convicción de que quienes tienen el poder, seguirán teniéndolo. Las tradiciones y expresiones religiosas de los hispanos serán toleradas, pero el grupo ya establecido controlará y limitará ese pluralismo y diversidad. Es como si se dijera a los latinos: “Bienvenidos a la casa de la familia de Dios pero, por favor, no toquen los muebles sin permiso.”

Los hispanos a menudo responden a la idea de las parroquias multiculturales con lo que se podría llamar una “dinámica de parroquias nacionales”, la cual podríamos decir, es la lección más importante a tener en cuenta en la historia del ministerio hispano durante el último medio siglo. Conscientemente o no, al igual que los inmigrantes de origen europeo que establecieron parroquias nacionales, los latinos de hoy tratan también de establecer y mantener las celebraciones de sus fiestas religiosas, las Misas en español, los movimientos de renovación, las organizaciones piadosas y otras estructuras de vida católica que les permitan pasar de ser meros huéspedes a inquilinos de su propia casa, esto es, de su propia comunidad eclesial.

Teológicamente, la considerable actividad eclesial de los latinos a lo largo de este último medio siglo nos recuerda algo que ya habíamos aprendido con otras oleadas de inmigrantes católicos: la casa de Dios no es santa porque todos somos bienvenidos, sino más bien porque todos pertenecemos a ella

como miembros sinceramente valorados. Sin dejar de respetar a nuestros hermanos y hermanas de otras culturas o países, es muy importante que sigamos promoviendo las fiestas religiosas, los grupos apostólicos, las Misas en español y otros esfuerzos que en muchas comunidades son necesarios para hacer más profunda la práctica de la fe. En nuestros días, la intención—demasiado frecuente—de que los hispanos, incluso recién llegados, participen en Misas en inglés y en eventos para promover la “unidad” a menudo consigue, en el mejor de los casos, una armonía superficial. Frecuentemente todo ello sólo provoca frustración, resentimiento y la decisión de los hispanos de abandonar la vida parroquial. No debemos confundir unidad con uniformidad. Y no podemos olvidar que el fin de la parroquia no es asimilar a los recién llegados a la cultura americana y enseñarles—o forzarlos—a hablar inglés. El fin de la parroquia es evangelizar. Esto significa que debemos crecer en nuestra fe, en la lengua y en la cultura que nos interpela con mayor fuerza.

Promover la unidad en la diversidad

Al mismo tiempo, debemos fomentar la unidad con los demás grupos presentes en nuestra parroquia. Podemos celebrar nuestra unidad a través de Misas especiales que se tengan a lo largo del año. En algunas parroquias esto se hace con Misas bilingües o incluso multilingües. Las principales fiestas son particularmente aptas para esas celebraciones, como el Jueves Santo, cuando celebramos la institución de la Eucaristía que nos une en Cristo, o Pentecostés, cuando celebramos el nacimiento de

la Iglesia en el poder del Espíritu, que concedió a los apóstoles el don de ser entendidos en distintas lenguas.

Las liturgias para esas ocasiones deberán estar bien planeadas, con folletos que ayuden al culto, de forma que quien preside la ceremonia no tenga que repetir oraciones y lecturas en distintas lenguas. Es bueno prestar atención a la comunicación no verbal, como el arte, el ambiente, los símbolos, los gestos y el silencio meditativo. Los coros que se prepararán para cantar juntos en diversas lenguas pueden ayudar a dar más realce al evento y ofrecer un testimonio convincente de unidad con su ejemplo de colaboración. Aun cuando el culto en dos o más lenguas tiene lugar sólo algunas veces a lo largo del año en una parroquia, eso es ya una gran expresión de unidad, en medio de la diversidad.

Otro medio para alcanzar dicha unidad puede ser llevar a todos los líderes parroquiales a retiros y actividades de formación, organizar juntos festivales o actividades de recaudación de fondos y, muy especialmente, asegurarse de que todos los grupos están representados en el consejo o en el equipo directivo de la parroquia.

Una última observación que puede ser de gran utilidad: invitar a todos los grupos—hispanos y no hispanos—a llevar a su santo patrón a un altar especial que se colocará el día de Todos los Santos, o llevar la imagen de su advocación mariana favorita en una fiesta particularmente solemne como la Asunción. He visto esto en muchas parroquias. A la gente le gusta compartir los santos y las imágenes de su propia herencia católica y es maravilloso verla explicando a otros quién es su

patrón o imagen mariana y por qué esos santos amigos son tan importantes para ellos.

La idea de promover la unidad en la diversidad tiene una larga historia en nuestra Iglesia Católica. En los Hechos de los Apóstoles vemos que el primer conflicto cultural en la Iglesia tuvo lugar cuando los griegos de la primera comunidad cristiana de Jerusalén se quejaron de que sus viudas no recibían el mismo trato en la distribución de la comida, en comparación con las viudas hebreas (Hechos 6:1–6). Los doce apóstoles, hebreos, resolvieron sabiamente esta crisis llamando, no a sus compañeros hebreos, sino a siete griegos para que asumieran el liderazgo de ser diáconos encargados de supervisar las raciones diarias de comida. Como consecuencia de esta prudente decisión: “La Palabra de Dios se difundía; el número de los discípulos en Jerusalén aumentaba considerablemente” (Hechos 6:7). El ejemplo de los apóstoles de respetar las necesidades de la gente que posee una lengua y cultura diferentes, y compartir el liderazgo con ellos sigue siendo un valioso modelo para nosotros y nuestras parroquias.

Los recientes documentos de la Iglesia confirman que una parroquia no necesita tener uniformidad en la lengua, en el tipo de actividades o en la forma de realizar el culto. Como el Papa Juan Pablo II afirmó en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*: “Una clave de renovación parroquial (. . .) puede encontrarse quizás considerando la parroquia como comunidad de comunidades” (no. 41). En su V Conferencia General, el Episcopado Latinoamericano y del Caribe proclamó que “La renovación de las parroquias, al inicio del tercer milenio, exige reformular sus estructuras, para que sean una red de

comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión” (Documento de Aparecida no. 172). Estas afirmaciones tan claras nos recuerdan que debemos tratar de vivir en comunión con todos los miembros de nuestra parroquia, pero que también debemos organizarnos en grupos más pequeños, dentro de la parroquia, que nos permitan encontrar a Cristo más profundamente y crecer en la fe.

Diversidad en las comunidades hispanas

Desgraciadamente los conflictos en la vida parroquial no se dan sólo entre hispanos y no hispanos, sino también entre los mismos hispanos. Los conflictos de personalidad causan muchos de estos problemas. Los conflictos con las nuevas generaciones son otra fuente de tensiones, especialmente cuando los papás hablan español y los hijos prefieren hablar inglés y adaptarse al estilo de vida americano. También otra causa de divisiones es cuando un líder está tan dedicado a su propio grupo de oración o movimiento apostólico que se muestra celoso o crítico hacia los que participan en otros grupos. Los diferentes estilos pastorales pueden ser también causa de división, como el hispano-católico que está muy interesado en la vida sacramental y de oración y critica a quienes se dedican más a la justicia social; o el católico que enfatiza el conocimiento de la fe y ve con malos ojos a una parroquia que administra los sacramentos o promueve devociones sin suficiente catequesis.

Una de las muchas maneras en que las tensiones pueden surgir en las comunidades de fe, es cuando las preocupaciones de un grupo hispano dominante se toman como las

preocupaciones de todos los grupos latinos, cuyo peculiar contexto cultural no es atendido o reconocido suficientemente. Actualmente, el español es la lengua principal en 21 países, todos los cuales tienen ciudadanos o ciudadanas nacidos en ellos viviendo en Estados Unidos, la segunda nación de habla hispana en el mundo y la primera en diversidad de hispanohablantes. Los de etnia mexicana son aproximadamente dos terceras partes de los más de 50 millones de hispanos que hay en Estados Unidos. Pero también hay una presencia significativa de puertorriqueños, cubanos, dominicanos y centroamericanos, junto con algunos sudamericanos y un número creciente de familias de origen hispano “mixto.” Los líderes de pastoral deben ser conscientes de las diferentes tradiciones religiosas, de las diferencias en costumbres e, incluso, del uso diverso que cada grupo le da a las palabras.

En cierta ocasión, unos inmigrantes mexicanos de la parroquia de Santa Cecilia, en Nueva York, consagraron un nicho dentro de la iglesia a la patrona de su país, la Virgen de Guadalupe; otros miembros de la parroquia pidieron un trato semejante para sus propias advocaciones marianas: los puertorriqueños colocaron a su patrona, Nuestra Señora de la Divina Providencia y los ecuatorianos a la Virgen del Cisne. El párroco guió hábilmente el interés de los diversos grupos hispanos por las imágenes marianas como un medio para construir la unidad y un mayor sentido de pertenencia entre los fieles.

Se necesita un liderazgo pastoral eficaz como éste para canalizar el potencial que las rivalidades étnicas tienen para suscitar conflictos, especialmente cuando uno de los grupos de

hispanos es más grande que los otros. Si entre los de habla hispana el grupo de los mexicanos u otro es el más grande, es su responsabilidad asegurar que los latinos provenientes de otras culturas sean tratados con respecto y dignidad. Una forma de lograr esto es celebrar—al menos de forma sencilla—las fiestas de los diversos patronos. Algunas veces lo más fácil es hacer esto en la Misa dominical, antes o después del día de la fiesta propiamente dicha. Cuando pertenecía a la parroquia de la catedral de San Fernando en San Antonio, Texas, había una gran cantidad de mexicanos, por tanto, la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe se celebraba por todo lo alto. Pero después comenzaron a llegar más y más guatemaltecos. Nuestro párroco habló con ellos y consagró una hermosa imagen del Cristo Negro de Esquipulas, la principal imagen de Cristo en Guatemala. Aunque los guatemaltecos seguían siendo solo una pequeña parte de la parroquia, se sentían verdaderamente en casa con su imagen y celebrando la fiesta de El Cristo Negro cada año.

Llamar y formar a nuevos líderes

La necesidad más grande de nuestras parroquias es llamar y formar nuevos líderes. El primer paso es reconocer a los líderes naturales de nuestras comunidades. Esos líderes no son necesariamente el clero, la directora de educación religiosa, las personas encargadas de coordinar la liturgia o los que se encuentran en los demás ministerios institucionales. Muchas veces, las personas que son vistas como líderes por la gente, no ostentan títulos oficiales. En una parroquia conocí a Doña Licha, la cual, aunque no era una de las personas más prominentes en

las organizaciones parroquiales, dirigía anualmente la novena de las posadas, animando a su familia, a sus vecinos y a muchísimos niños de su barrio a celebrar la peregrinación de María y José a Belén. Estas celebraciones eran todo un acontecimiento en su vecindario durante los días que precedían a la Navidad.

Sin embargo, en muchas parroquias no empezamos por identificar a la gente como Doña Licha, que son los líderes naturales. Al contrario: anunciamos que vamos a elegir nuevos líderes, pero en vez de buscar nuevos, sólo hacemos una rotación de sillas: la que fue presidenta se convierte en vice-presidenta, el tesorero pasa a ser secretario, etc. Y con frecuencia empezamos el proceso de reclutar nuevos líderes pidiendo voluntarios o preparando un taller de adiestramiento para un ministerio particular. Al hacer esto se omite el primer paso esencial, según el ejemplo de Jesús, que llamó a los discípulos por su nombre en un encuentro personal, no con un anuncio desde el púlpito, o en el boletín parroquial. No importa cuán bueno sea un programa de capacitación, si no invitamos a quienes Dios ha dado el carisma del liderazgo, nuestros ministerios nunca serán tan efectivos como podrían ser.

Una queja frecuente entre los líderes parroquiales es que “siempre somos los mismos.” Si en verdad queremos expandir el círculo de líderes en nuestra comunidad de fe, debemos primero identificar a los líderes naturales que hay en ella. Este paso de identificar a los líderes es tan importante, que debería figurar frecuentemente como tema de discusión en las reuniones del consejo parroquial, de los grupos de acción comunitaria, de los comités pastorales, de las sociedades y asociaciones, de los grupos de oración, de los grupos de jóvenes y

de otras organizaciones parroquiales. Debemos hacer una lista de personas a las que podríamos invitar personalmente a asumir un liderazgo concreto en un grupo o ministerio. El mejor lugar para invitar a estas personas es en sus mismos hogares. No todos van a aceptar nuestra invitación; pero podemos estar seguros de que cualquier persona a la que invitemos va a sentirse halagada al ver que la consideramos como alguien con un talento particular que Dios le dio.

Por tanto, una buena manera de evaluar nuestra actividad o nuestro ministerio es preguntarnos: “¿cómo ayudará esta actividad a que surja un mayor liderazgo en la comunidad?” Por ejemplo, hay programas que serían más efectivos si logran despertar el liderazgo entre sus mismos miembros como, por ejemplo, los programas de tipo social y comunitario, los ministerios para atender a los jóvenes, la pastoral penitenciaria o de catequesis, etc. Si estos programas logran identificar, atraer y formar a nuevos líderes, podrían mejorar y expandirse más eficazmente.

Veamos un ejemplo concreto. Hace varios años, nos invitaron a mi esposa y a mí a dirigir el curso de preparación para el Bautismo en nuestra parroquia. Nuestro párroco nos lanzó el reto de identificar e invitar a otras parejas que podrían ayudar con algunas clases. Teniendo en cuenta que muchas parejas de padres de familia y de padrinos no tienen una relación cercana con la parroquia, invitamos a una pareja joven, que había vuelto a practicar su fe con fervor, después del Bautismo de su primer hijo. Al inicio tenían miedo, pero cuando les explicamos que íbamos a acompañarlos, aceptaron nuestra invitación. Así, en las clases pre-bautismales, daban su testimonio

sobre la importancia de vivir nuestro Bautismo con nuestros hijos. Siendo de la misma edad y al estar atravesando por circunstancias muy semejantes a las de muchos participantes en el programa, llegaron a los corazones de una forma que ni yo ni mi esposa, con la mejor de las intenciones, podríamos haber llegado. Su testimonio dado “de tú a tú”, esto es, entre padres de familia jóvenes, fue un medio eficaz para que el Espíritu Santo actuara en aquellas almas.

A fin de cuentas, lo que buscamos es hacer de nuestra parroquia un centro de liderazgo evangelizador y de fe viva, que ofrezca al mundo un testimonio convincente. En la década de los noventa, tuve oportunidad de experimentar la belleza de una parroquia profundamente católica, cuando estuve trabajando en un estudio sobre la catedral de San Fernando, en San Antonio, Texas. Se trata del santuario-catedral más antiguo de Estados Unidos. Una de las personas a las que entrevisté era el alcalde de la ciudad. Aunque era bautista, venía regularmente entre semana a la Misa de mediodía.

Mencionó varias razones para ello: la ubicación de la Catedral al otro lado de la plaza en la que estaba su oficina, la belleza del antiguo edificio, la predicación. Pero lo que más admiraba era la forma en que los líderes de la parroquia, la mayor parte de ellos de etnia mexicana, recibían a cualquier persona que atravesara sus puertas. Se dio cuenta de que la Catedral era el único lugar de la ciudad en donde un día se podía sentar junto al presidente de la cámara de comercio y al otro junto a un mendigo, un juez, un banquero, una mesera, un obrero o cualquier otro tipo de persona: todos eran recibidos con el mismo respeto y dignidad. Esta experiencia contrastaba con

otros lugares, en los que prevalecía una dinámica de “allá están ustedes y aquí nosotros.” En cualquier otro lugar, lo trataban por lo general de forma especial, incluso sus opositores políticos, porque querían ganarse su favor. Y comentaba que seguramente si algunos de los obreros o mendigos de San Fernando quisiera entrar a la iglesia Bautista a la que él asistía los domingos, los encargados les preguntarían “¿Puedo ayudarle en algo?” de una forma en la que estaría claro que no eran del todo bienvenidos.

No creo haberme sentido más orgulloso de ser católico, que cuando escuché lo que a continuación dijo el alcalde: “Me gusta la catedral de San Fernando porque es el único lugar en la ciudad donde todos nos encontramos en una condición de igualdad como habitantes de San Antonio. Y tengo que decirte que, aunque soy bautista, algunas veces, cuando regreso a mi oficina después de la Misa de mediodía y de la comida, me arrodillo y pido al Señor que me ilumine para que pueda hacer a esta ciudad un poquito parecida a la catedral de San Fernando.”

El hermoso testimonio del alcalde sobre la catedral de San Fernando, como un lugar sagrado donde todos se sienten en casa, nos recuerda lo que todas nuestras parroquias católicas deben ser. Que Dios nos ayude a formar parroquias que den un testimonio semejante del evangelio y de nuestro Señor Jesucristo.

Preguntas para reflexionar y discutir

1. ¿Cuál es la causa más fuerte de división o conflicto en mi parroquia o en otras parroquias que conozco?

2. ¿Qué es lo que más ayuda a la unidad en mi parroquia o en otras parroquias que conozco?
3. ¿Cuál fue la manera como Jesús llamó a nuevos discípulos y los formó como líderes? ¿Cómo podemos imitar su ejemplo?
4. ¿De lo que he aprendido acerca de las parroquias, ¿qué voy a aplicar en mi ministerio y vida de fe?
5. Texto clave del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

En la unidad del Pueblo de Dios se reúnen los diferentes pueblos y culturas. Entre los miembros de la Iglesia existe una diversidad de dones, cargos, condiciones y modos de vida. . . . La gran riqueza de esta diversidad no se opone a la unidad de la Iglesia.
(*Catecismo de la Iglesia Católica*, 814)

¿Qué nos une y nos divide en nuestras parroquias? ¿Cómo podemos unirnos más sin sacrificar las riquezas de nuestras distintas culturas?